

á esa edad, empieza á pensarse en él, pero de una manera que retrata el carácter de la época. La marquesa, su madre, autora de obras mitológicas y campestres, hizo construir un teatro en el castillo; á él asiste una gran concurrencia desde Bourbon-Lancy y de Moulins. Tras doce semanas de ensayos, la niña, con un carcaj y alas azules, desempeña el papel del Amor, y le cae tan bien el traje que se deja continúe vistiéndolo para diario durante nueve meses seguidos, sin quitárselo en todo el día. Para completar su educación, se manda á buscar un bailarín que es al mismo tiempo profesor de esgrima, y siempre con su traje de Amor toma lecciones de una y otra cosa. «Todo el invierno se pasa representando comedias y tragedias.» Se la manda retirar después de comer y no se vuelve ya á mandar por ella sino para tocar el clave ó declamar el monólogo de Alzira ante una numerosa reunión. Ciertamente tales excesos no son ordinarios; pero el espíritu de la educación es éste en todas partes, es decir, que á los ojos de los padres no hay más que una vida inteligible y razonable; la de sociedad, aún para los niños, y que no se ocupan de éstos sino para conducirlos ó prepararles á ella. Hasta los últimos años del antiguo régimen (y esta costumbre no cesa hasta 1783, como puede leerse en madame Oberkirk, II, 35, en *La mujer en el siglo XVIII*, 415, de Goncourt, en Mme. de Genlis y otros autores), se empolva á los niños y se les pone «una bolsa, bucles y almohadillados llenos de pomada;» llevan espada, sostienen el sombrero bajo el brazo, ostentan chorrera y un traje con velos dorados; besan las manos de las señoritas jóvenes con la gracia de caballeritos. A las niñas de seis años se las aprietta dentro del corsé, su abultado miriñaque sostiene una falda cubierta de guirnalda; lleva en la cabeza un intrincado andamio de cabellos postizos de almohadillas y de nudos unido con horquillas, coronado de plumas, y tan extremadamente alto, que muchas veces, «la barba está á mitad de camino de los pies;» algunas veces le ponen colorete. Es una señora en miniatura; ella lo sabe y se dedica por entero á este papel, sin esfuerzo ni cortedad, en fuerza de la costumbre; la enseñanza única y perpetua es la del talante ó la apostura; puede verdaderamente decirse, que la llave maestra de la educación en aquel siglo, lo era el maestro de baile. Véase sino á Lesage en su *Gil Blas*, en la relación que el profesor de esta clase, encargado de la educación del hijo del Conde-Duque de Olivares, hace á Gil Blas. Teniendo maestro de baile, puede precindir de todos los demás; sin él, estos de nada

sirven. Porque sin el maestro de baile, ¿cómo practicar con soltura, mesura y ligereza los mil movimientos ordinarios de la vida usual, andar, sentarse, estar de pié, ofrecer el brazo, manejar el abanico, escuchar y sonreír, á la vista de ojos tan ejercitados y ante un público tan delicado? Eso ha de ser más tarde, para los hombres y las mujeres la principal ocupación; y por esta razón lo es ya también para los niños. Junto con la gracia de la actitud y del gesto tienen ya las del espíritu y de la palabra. Apenas se desata su lengua, cuando hablan ya el lenguaje pulcro, el de sus padres. Estos juegan con ellos y los convierten en deliciosas muñecas. La propaganda de Rousseau, que puso de moda á los niños durante el último tercio de aquel siglo, no produce casi otro resultado que éste. Se les hace recitar en público la lección, representar en los proverbios y figurar en pastorales. Se ensalzan sus ocurrencias. Saben devolver un cumplido, inventar una réplica ingeniosa ó tierna, ser galantes, sensibles y hasta espirituales. El duquesito de Angulema, recibe á Suffren con un libro en la mano, y le dice: «Estaba leyendo á Plutarco y sus hombres ilustres; no podíais llegar más á propósito.» Los hijos de M. de Sabran, una niña y un niño, de ocho y nueve años respectivamente, habiendo recibido lecciones de los cómicos Sainval y Larive, van á Versalles á representar ante los reyes el *Orestes*, de Voltaire, y el niño á quien se pregunta sobre sus autores clásicos, contesta á una señora, madre de tres bonitas jóvenes: «Señora, aquí, sólo puedo acordarme de Anacreón.» Otro de la misma edad, contesta á una pregunta del príncipe Enrique de Prusia, con una bonita improvisación en verso. Hacer brotar equívocos, palabras insulsas, y versitos en un cerebro de ocho años, ¡qué triunfo para la cultura mundana! Es este el último rasgo del régimen que después de haber robado al hombre á los negocios públicos, á los suyos propios, al matrimonio y á la familia, lo roba también con todos sus sentimientos y todas sus facultades, para entregarlo al mundo con todos los suyos. En las clases inferiores á él, las buenas maneras y la cortesía obligatoria se apoderan hasta de sus criados y proveedores. Un Frontin, tiene la desenvoltura galante, y alambica el cumplimento, cosa que puede verse en *Gil Blas*, y también en las *Precieuses*, de Moliere, en *L'épreuve*, de Marivaux y en las *Liaisons dangereuses*, de Laclos. Una doncella de confianza no necesita sino que alguno la entretenga para convertirse en una dama. Un zapatero es un «Señor tiznado,» que dice á la madre saludando á la hija: «señora, hé aquí una

hermosa señorita, y comprendo más que nunca el precio de vuestras bondades,» con lo que la joven le toma por un pretendiente y se pone colorada. Verdad es que entre este luis de similor y otro de oro puro, ojos menos novatos habrían hallado la diferencia, pero su parecido basta para mostrar la acción universal del volante que acuñaba con la misma efigie el metal ordinario y el oro de ley.

IV

Para que el mundo tenga tanto imperio necesario es que sea muy atractivo; en efecto, en ningún país ni en ningún siglo ha hecho más grata la vida un arte social tan perfecto. París es la escuela de Europa, una escuela de urbanidad á la que van á desbastarse todos los jóvenes desde Rusia, de Alemania y de Inglaterra. Lord Chesterfield en sus cartas no deja de repetírselo á su hijo y de impulsarle á esos salones que le quitaran «su moño de Cambridge.» Una vez conocidos no se abandonan ya, ó si se está en la necesidad de dejarlos, se les echa de menos siempre. «Nada hay comparable,—dice Voltaire en su *Princesa de Babilonia*.—á la dulce vida que se lleva en el seno de las artes y de una voluptuosidad tranquila y delicada; algunos extranjeros y hasta algunos reyes han preferido á su patria y á su trono este reposo tan gratamente ocupado y encantador... El corazón se entenece en ella y se disuelve como se funden los aromas suavemente bajo un fuego moderado, y se exhalan en deliciosos perfumes.» Gustavo III derrotado por los rusos dice que irá á pasar los días de su vejez á París en un palacio situado en los bulevares; y esto no lo decía por pura atención, sino que se hizo mandar planos y presupuestos, según puede verse en el *Gustavo III*, por Geoffroy II, 37 y según dice también la señora Vige—Lebrun, I, 81. Para concurrir á una cena ó á una velada, se hacen doscientas leguas de camino. Algunos amigos del príncipe de Ligne, «salían de Bruselas después de almorzar, llegaban á la Opera de París en el acto de levantarse el telón y terminado el espectáculo volvíanse inmediatamente á Bruselas viajando toda la noche.» De esta dicha tan rebuscada sólo tenemos ya informes copias y estamos reducidos á reconstruirla en nuestra imaginación. Consiste en primer lugar en el placer de vivir con gente perfectamente fina; ningún placer es tan penetrante, continuo é inagotable como éste. Siendo infinito el amor propio humano, cada día puede la gente espiritual inventar un nuevo refinamiento de consideración que lo satisfaga. Siendo infinita la

sensibilidad mundana, no hay matiz imperceptible de ella que le sea indiferente. Después de todo, el hombre es también el mayor manantial de felicidad y desdichas para los demás hombres, y en aquella época, ese manantial siempre abundante, en vez de amarguras solo dulzuras arrastraba. No solo era necesario no contrariar, sino que era preciso agradar; había la obligación de olvidarse á sí mismo por los demás, sino también la de estar á todas horas pronto y dispuesto para ellos, la de guardar para sí sus contrariedades y sus tristezas, la de economizar las ideas tristes y no dar paso más que á las alegres. Como dice Jorge Sand, I, 58-60, al relatar por boca de su abuela el matrimonio que cuando ésta tenía 30 años, contrajo M. Dupin de Francueil, que sumaba 62. «¿Qué es eso de que en aquel tiempo hubiera quien fuese viejo? La república fué la que introdujo la vejez en la sociedad. Vuestro abuelo, hija mía, fué siempre guapo, elegante, pulcro, gracioso, perfumado, divertido, amable, afectuoso y de un humor constante hasta la hora de su muerte. Entonces se sabía vivir y morir, no se tenían enfermedades importunas. Si se padecía de la gota, se andaba por lo menos sin hacer visajes; se disimulaba el sufrimiento por delicadeza. No existía ninguna de estas preocupaciones de negocios que agrían el carácter y empañan el espíritu. Sabía uno arruinarse sin demostrarlo como buenos jugadores que pierden sin demostrar inquietud ni despecho. Se hacía llevar uno medio muerto á una partida de caza. Se opinaba que valía más morir en el baile ó en el teatro, que no en su cama entre cuatro cirios y hombres negros y villanos. Si era filósofo, no se aparentaba austeridad, y si á veces se la tenía no se ostentaba. Si alguno era sabio, éralo por afición y sin hacerse el pedante ni el prudente. Se gozaba de la vida, y cuando llegaba la hora de perder, no se trataba de disgustar de aquella á los demás. Las últimas palabras de mi viejo marido fueron para aconsejarme que le sobreviviera mucho tiempo y que me diera una vida feliz.»

Con las mujeres, particularmente, no bastaba ser fino sino que era preciso ser galante. Como puede verse en los *Recuerdos de Felicia*, de la señora Genlis, 77, así como en su *Diccionario de la etiqueta*, en casa del príncipe Conti en Isle-Adam, cada señora convidada «encuentra caballos y carruaje á su disposición, y es dueña de invitar á la mesa particular de su cámara á su sociedad privada.» Como la señora de Civrac necesitara tomar aguas, propónense sus amigos distraerla durante el viaje; se le adelantaban algunas paradas, y en todos los puntos en

que hace noche le dan una pequeña fiesta campes- tre disfrazados de lugareños, de aldeanos, con su al- calde ó baile, escribano cartulario, y otros disfraces, cantando y recitando versos. Una señora en la víspera de Longchamps, sabiendo que el vizconde de V. tie- ne dos calesas, le manda á pedir una prestada, el vizconde había dispuesto de ellas pero se guarda mucho de excusarse, y por el contrario manda inme- diatamente comprar otra elegantísima para poder-

sela prestar durante tres horas; se considera como una dicha el que alguien le pida á uno alguna cosa prestada y su prodigalidad parece amable pero no sorprende. Y es que entonces las mujeres son reinas, como puede verse en alguna de las anécdotas que relata madame Genlis; y en efecto, en un salón tienen derecho á serlo; por esto, sin duda, escribe la señora Vigée-Lebrun I, 156. «Las mujeres entonces reina- ban; la Revolución las ha destronado. Esa galantería



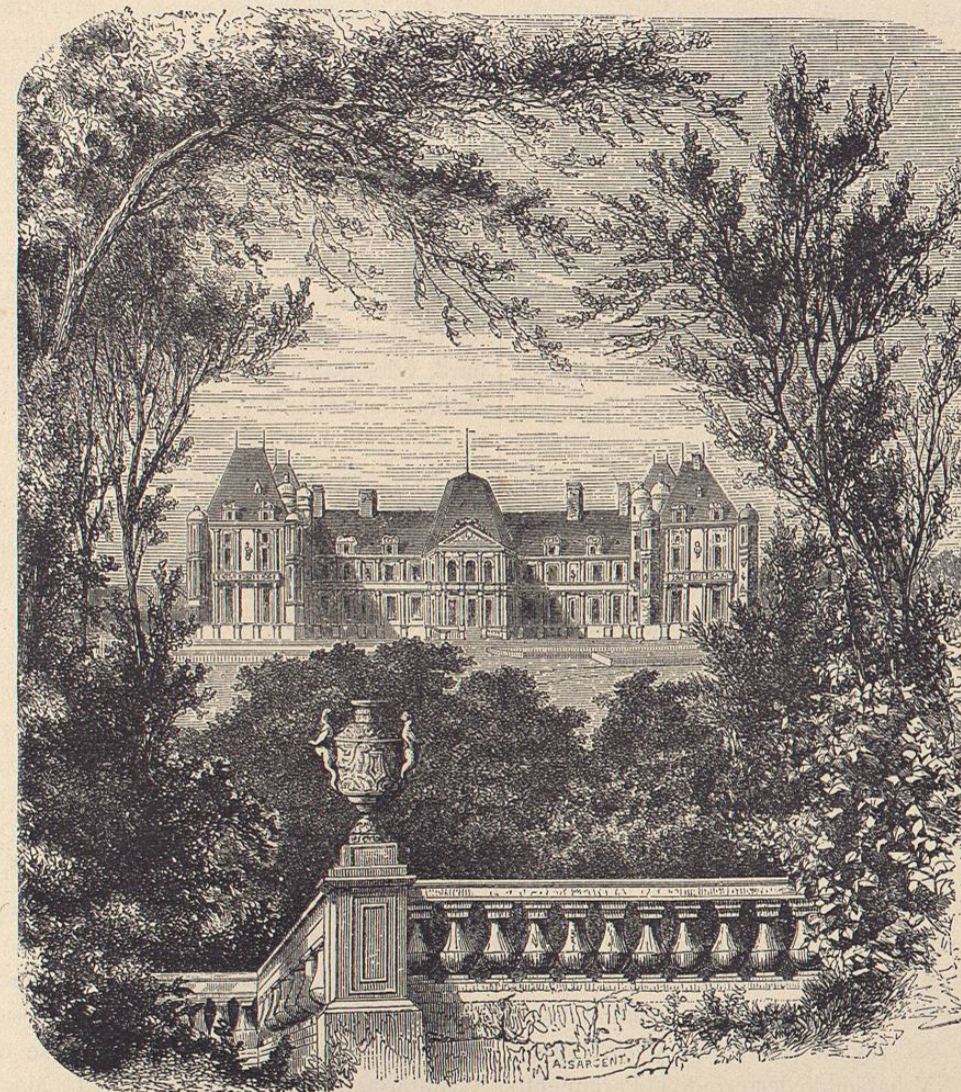
Servicio de mañana de un particular

de que os hablo ha desaparecido totalmente.» Hé aquí porque en el siglo XVIII, dan ellas el tono y la regla en todas las cosas. Así lo estima también John Andrews en su *A comparative view*, cuando dice: «Las mujeres en Francia dictan bajo cierto as- pecto lo que hay que decir y que hacer en la buena sociedad.» Siendo ellas quienes hicieron el código de las costumbres, natural es que sea éste en prove- cho suyo y que procuren el que sean observados to- dos sus preceptos. Bajo este punto de vista, salón hay «de la más escogida sociedad» que es un tribu- nal supremo que juzga sin apelación, y así lo com- prueban la señora Oberkirk I, 299, y también la señora Genlis en sus *Memorias*, c. XI. La mariscal- de Luxemburg es una autoridad; no hay bien pa- recer que ella no justifique por algún ingenioso ra-

ciocinio. Por una palabra, por una falta en los usos, por la más leve apariencia de pretensiones ó de fa- tuidad, se incurre en su reprobación de la que no puede apelarse y queda uno perdido sin remedio y para siempre entre la buena sociedad. Por un rasgo delicado, por un silencio ó por un ¡Oh! oportunos en vez de un ¡Ah! se recibe de ella como M. Talle- gran el título de perfecto hombre cortés, que es el principio de una buena fama y la promesa de una fortuna. Con tal «institutriz» claro es que el conti- nente, el gesto, el lenguaje, todo acto ú omisión de la vida de mundo, se convierten como un cuadro ó un poema, en una obra de verdadero arte, esto es, infinita en delicadezas, fácil y sabia á la vez y tan ar- mónica en todos sus detalles que su perfección es- conde su dificultad.

Una gran señora, según Tilly, I, 24, «saluda á diez personas distintas sin inclinarse más que una vez y dando con la cabeza y los ojos lo que corresponde á cada una» es decir, el grado de diferencia apropia- do á cada variedad de estado, de consideración y de nacimiento. Como puede verse en las *Obras comple-*

tas, de Necker XV, 257. «Ha de manejarse entre amores propios fáciles de irritar, de manera que el más pequeño defecto de tacto se advertiría inmedia- tamente,» pero jamás se equivoca, ni vacila en esas sutiles distinciones; con un tacto, una destreza, una flexibilidad de inimitable tono, establece sus grados



Luxemburg

en la manera de acoger. Tiene una «para las muje- res de condición ó de calidad, otra para las de la corte, otra para las que tienen título, otras para las que tienen un apellido histórico, otra para las mujeres de buena familia casadas con maridos infe- riores á ellas, otro por las que por medio del matri- monio trocaron su nombre ordinario por otro distin- guido, otra también para las mujeres bien reputadas por su manera de vestir, y otra, en fin, para aquellas que únicamente sobresalen por el gasto de su casa y por las cenas que en ella se dan.» Un extraño

queda estupefacto al ver de que manera tan diestra y segura circula ella entre tantas vanidades dispier- tas, sin dar ni recibir ningún choque con ellas. «Todo sabe expresarlo con el aire de sus reverencias, aire que se entiende por imperceptibles matices desde el encogimiento de un solo hombro, que es casi una impertinencia hasta la reverencia noble y majestuo- sa que tan pocas mujeres, ni aún en la corte, saben hacer bien; esa inclinación lenta, con los ojos al suelo, el tallo recto y una manera de enderezarse mirando entonces modestamente á quien se saluda y echando